

Preservar y proteger

Jonathan Foyle

Jonathan Foyle realizó estudios de arquitectura e historia y es doctor en arqueología. Su tesis doctoral es sobre la historia temprana de Hampton Court. Durante ocho años fue curador de edificios históricos, de los palacios reales históricos, y desde 2007 dirige en Inglaterra el Fondo Mundial de Monumentos (World Monuments Fund), organización no gubernamental cuya oficina central está en la ciudad de Nueva York. Tomado del *Financial Times* del 10 de marzo de 2012. Traducción de Antonio Saborit.

MLE PROPONGO RESTAURAR EL SIGNIFICADO DE “restauración”, antes de que se vuelva confuso. En 2010, la CNN proclamaba: “El manto de Turín, que para algunos cristianos es la mortaja de Jesucristo, se expuso públicamente el sábado por primera vez desde que fuera restaurado.” En realidad se le sometió a un proceso de conservación, queriendo decir con eso que se le limpió, neutralizando los agentes de deterioro. Si de verdad lo hubieran restaurado o devuelto a su condición original, se le habría borrado el rostro fantasmal y se habría re-materializado a su habitante original en el interior. Ahora bien, eso sí que habría valido la nota.

Para entender la confusión común entre restauración y conservación ayuda remontarse a la Francia anterior a la Revolución y a los orígenes de la palabra “restaurante”. En 1765, Monsieur Boulanger abrió al público su cocina de caldos en la rue Bailleul en París. Sus sopas se anunciaban como *restaurants* —una etiqueta con siglos de antigüedad para los tónicos nutricionales—. Su uso en el frente del establecimiento de Boulanger se cree que inspiró la conexión moderna entre el acto de cenar fuera y la *restauration* del alma y del cuerpo. Y sin embargo, el comer no hace verte nuevamente joven. No es más que una forma agradable del mantenimiento cotidiano que es necesario para la conservación personal.

En términos arquitectónicos, la restauración (*restauration*) versa específicamente sobre el tratar de echar para atrás el reloj: los restauradores realizan penosos intentos por recupe-



rar la condición original de un edificio en un esfuerzo por revivir sus pasadas glorias. Muchos ven esto como una negación no natural al paso del tiempo, un proceso que requiere pelar capas genuinas de historia para dar lugar a la reproducción de ventanas, puertas, aldabas, picaportes y mil y un detalles. Los añadidos y extensiones utilitarias impuestos a un buen edificio se pueden considerar de una importancia secundaria, como el maquillaje gastado que oscurece un concepto artístico que alguna vez fue singular y bello.

El entusiasmo del siglo XIX por “mejorar” edificios por medio de la restauración alentó a la Sociedad para la Protección de Edificios Antiguos, cuando William Morris echó chispas:

La restauración de edificios antiguos es una idea extraña y muy letal, que por su mismo nombre implica que es posible desprender de un edificio esta, aquella y esa otra parte de su historia —de su vida en realidad— y luego detener el proceso en un punto arbitrario, y dejarlo siendo aún histórico, viviendo, e incluso como fuera alguna vez.

Y sin embargo algunos edificios son expresiones culturales tan importantes que es imperioso restaurarlos para que recuperen su cabal elocuencia original. Así que, ¿cómo se hace bien? Mucho depende de las reglas del juego. La restauración, cuando ya se está en ésta, puede tener que ver con la alta política, o con una misión muy personal.

Entre los políticos, existe la tendencia a interesarse en el extremo más creativo de la restauración en tiempos de nacionalismos florecientes. Luego de las guerras de 1848 en la Europa continental, por ejemplo, los monarcas restaurados, traqueteados por las revoluciones, se pusieron a buscar confirmaciones de certeza histórica en el tiempo en que sus ancestros gobernaron sin ningún tipo de desafío.

Turín eligió el momento de la Exposición Italiana de 1884 para inventar todo un pueblo medieval, un lugar para revivir los siglos de gobierno de la Casa de Saboya en su apogeo. Este vago *borgo* se concibió unos cuantos años después de que Humberto de Saboya, el rey turinense de Italia, subiera al poder en 1878.

El castillo Stirling en Escocia acaba de ser lujosamente redecorado en el espíritu del tiempo del Renacimiento de su constructor Jaime V (1513-1542), evocando la cumbre de la cultura escocesa-europea siglo y medio antes del Acta de Unión con Inglaterra de 1707. Esta visión se presentó al público menos de un año antes de que el primer ministro escocés Alex Salmond abriera el debate en favor de la independencia nacional.

La política puede ser compleja y, paradójicamente, restaurar el legado de un país puede ser también una vía para la colabo-



Un proyecto personal de restauración se adopta, con frecuencia, por capricho; sin embargo, puede llevar años de trabajo dedicado, caro e imprevisto.

ración internacional. Un ejemplo de eso es el Yuanquinshai en la Ciudad Prohibida en Beijing, China.

No se escatimó en gastos durante la construcción del exquisito jardín de retiro del emperador Quianlong, con una superficie de dos acres, y de sus 27 pabellones entre 1771 y 1776. Hasta hace una década estaba cerrado al público. China tenía poco conocimiento en los materiales y técnicas tradicionales necesarios para restituirlo a su mejor momento. En buena medida, el trabajo de la moderna ciencia de la restauración se desarrolló apenas en el último cuarto o medio siglo, cuando China estaba aislada de buena parte de la comunidad internacional.

Una colaboración con el Fondo de Monumentos Mundiales, y a su vez el Instituto de Conservación Getty y el Smithsonian en Estados Unidos, condujo a la búsqueda de artesanos. Alguien tenía que fabricar el tradicional papel *sangpai* de China, elaborado con la corteza interna del arbusto de la mora para los murales al *trompe l'oeil* en el pabellón teatral. Asimismo hacía falta marquetaría de bambú, una técnica refinada que supone cortar el bambú en filamentos para crear patrones geométricos en la superficie. También incluyó tallas con la piel interna del bambú, una técnica reservada por lo general para los objetos decorativos como los botes para los pinceles, que se emplea en superficies amplias en todo Yuanquinshai, que representa el único uso conocido en China como un motivo decorativo arquitectónico.

Tras una prolongada búsqueda de artesanos, se localizó a los practicantes de estos oficios tradicionales en muchas de las mismas provincias que suministraron las obras originales para la Corte de Quianlong hace más de 200 años. La provincia de Zheyiang, al sur de Shanghai, sigue siendo el centro de finas tallas en bambú y madera; Nanying y Suzhou al poniente de Shanghai siguen siendo centros para los brocados y bordados tradicionales, habiendo sido las fuentes de los textiles originales que se realizaron para la Ciudad Prohibida. Estas nuevas relaciones laborales con los artesanos han rehabilitado una fuente de trabajos tradicionales finos en la que se puede apoyar el Museo del Palacio para la restauración de los 27 edificios restantes en el jardín de Quianlong.

Proyectos tan grandes como el anterior se emprenden luego de numerosas consultas sobre los puntos más delicados de los costosos estudios de factibilidad.

Un proyecto personal de restauración se adopta, con frecuencia, por capricho; sin embargo, puede llevar años de trabajo dedicado, caro e imprevisto.

Mike Leonard es un abogado de Carolina del Norte y descendiente de una familia alemana que emigró a Estados Unidos en 1750. Su incursión en la restauración dio inicio en 1987, cuando iba manejando por el pueblo de Bethania y le llamó la atención una casa de madera construida por la pri-

mera generación de colonos moravos hacia 1770. Resultó que la casa se había construido para el bien llamado George Hauser, un miembro de la Convención de Carolina del Norte que aprobó la Constitución en 1789.

En 1994, la casa se puso en venta por primera vez después de 120 años. Un grupo privado en favor de la preservación histórica actuó como agente, y Leonard se hizo de ésa por 105 mil dólares con la promesa de seguir la estrategia de restauración recomendada (y supervisada) por este grupo.

Con la ayuda de su hija menor, Leonard se topó con que la casa había sido modernizada durante la Segunda Guerra Mundial. Hubo que quitar la plomería, la instalación eléctrica y los muros, de lo que resultaron algunas experiencias auténticas —durante el invierno la pareja pasaba las noches en torno a la estufa de la cocina pues las habitaciones del frente eran inhabitablemente frías.

Para muchos, un proyecto de restauración les ha de parecer una curiosa ruta hacia la relajación, pero Leonard insistió en que durante el proceso no se angustiaría, toda vez que de eso ya tenía suficiente en los litigios comerciales. Así que su filosofía consistió en separar la oficina de la casa; incluso tras el largo proceso de restaurar la casa cuidadosamente, se niega a tener en la misma una computadora o una televisión. Pero capitula ante los modernos contras de la era de Thomas Edison, según explica por el teléfono.

Como se podría esperar de una casa de leños, fue todo un desafío conseguir los sustitutos exactos en madera. Las tablas podridas del suelo se reemplazaron luego de numerosos viajes a un enorme tiradero de la ciudad colonial de Williamsburg; la hoja de metal del techo con un siglo de antigüedad, requirió poco trabajo, lo que pudo ser la salvación de la casa. De hecho protegió los murales del siglo XIX de la sala.

Los murales se llevaron catorce años. Yo mismo no los podía conservar. Conté con un conservador de arte increíblemente bueno, pero no lo pude tener aquí por más de tres años después del huracán Katrina, pues él estaba ayudando a reconstruir Nueva Orleans. De otra manera se habrían llevado once años.

En total, Leonard invirtió 250 mil dólares. Pero, ¿valió la pena?

“Desde luego, me involucré más, y ahora estoy en el Consejo Nacional de Asesores para el Monte Vernon”.

La restauración agota a muchas personas, pero la experiencia de Leonard —sus conjeturas y su participación— parece haber sido un tónico para su alma, acaso una especie de *restauration*.



